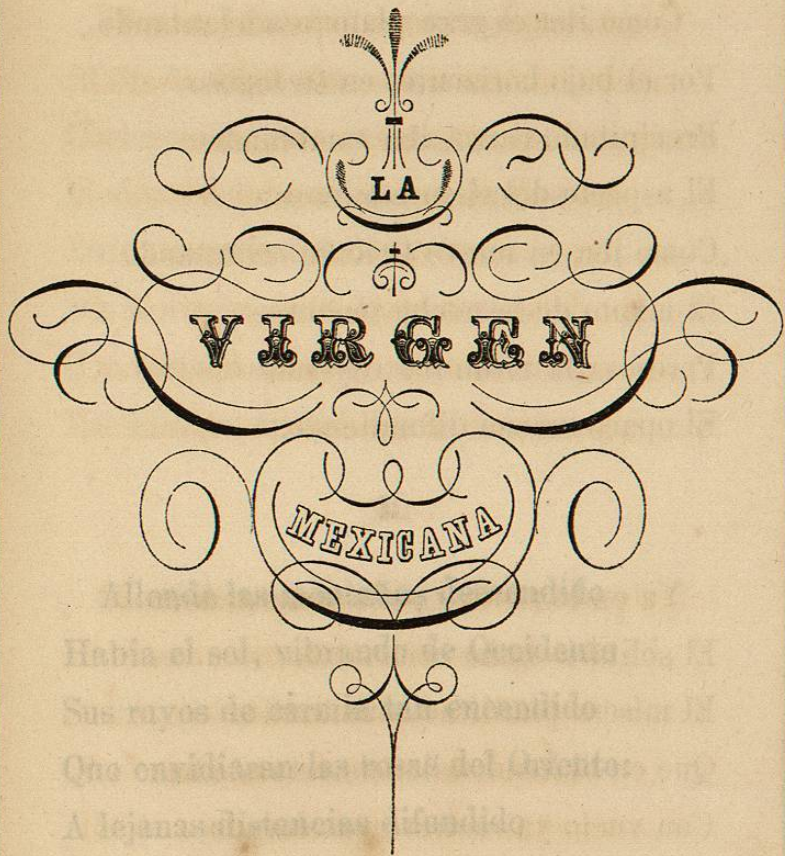


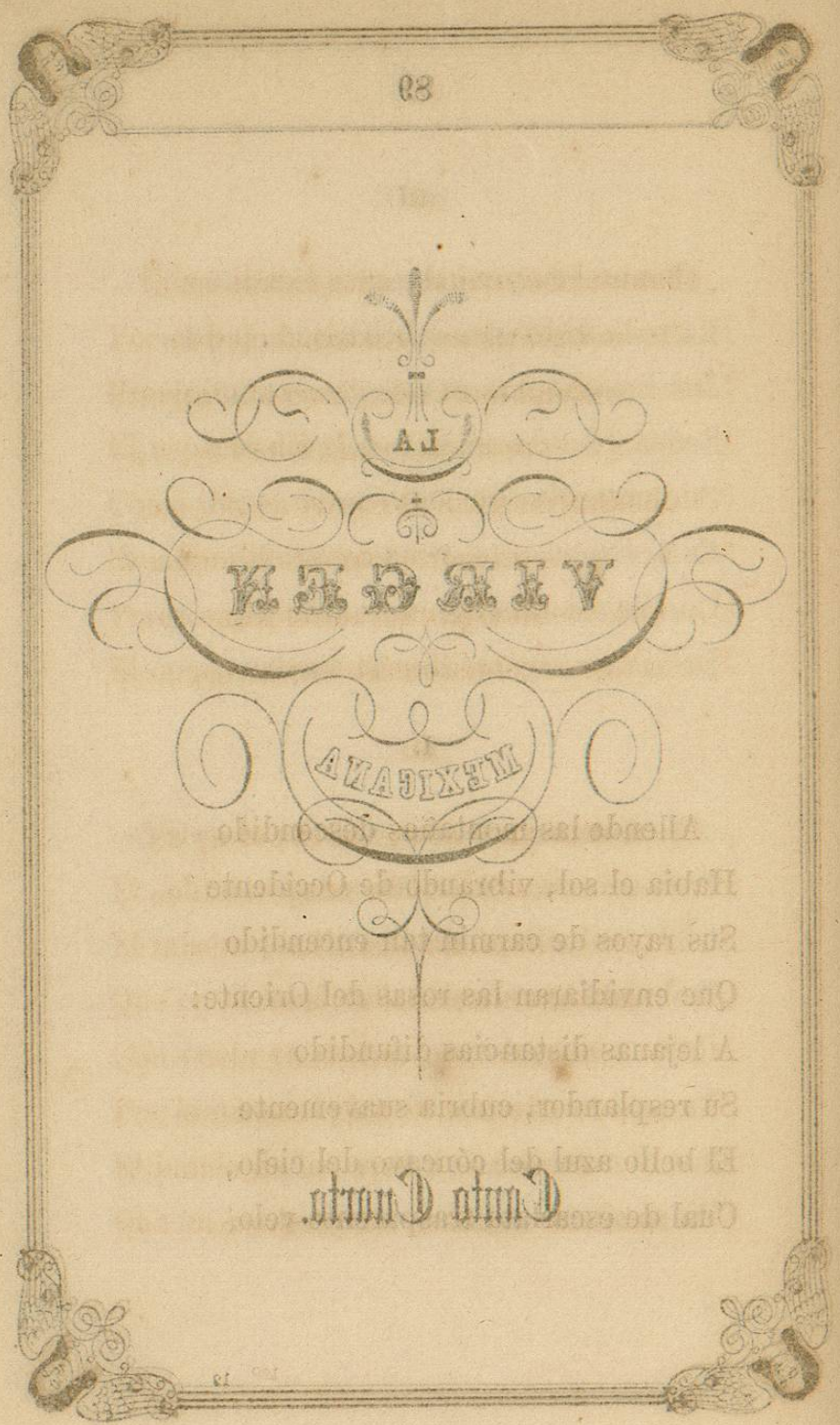
Y una vez para siempre victoriosa
 La testa bellido del que trinando fiero
 Del hombre, en su derecha fastidiosa
 Señor del orbe se llamó altanero.
 Su presencia, de entonces ominosa
 Es el tirano y su escucharon ardoro.
 Que huyen así cual anelo de la alborada
 De las nocturnas aves la pandada.

ZLV
MEXICANA

Y hora por mas que pague el insolente
 Para estorbar el pronto cumplimiento
 De la orden celestial, indolente
 Trabaja por alcanzar su intento.
 Roto en do quier su imperio prepotente
 Ya mas no reinare, llega el momento
 Por el Supremo Rey de lo criado
 En su alto consistorio decretado.



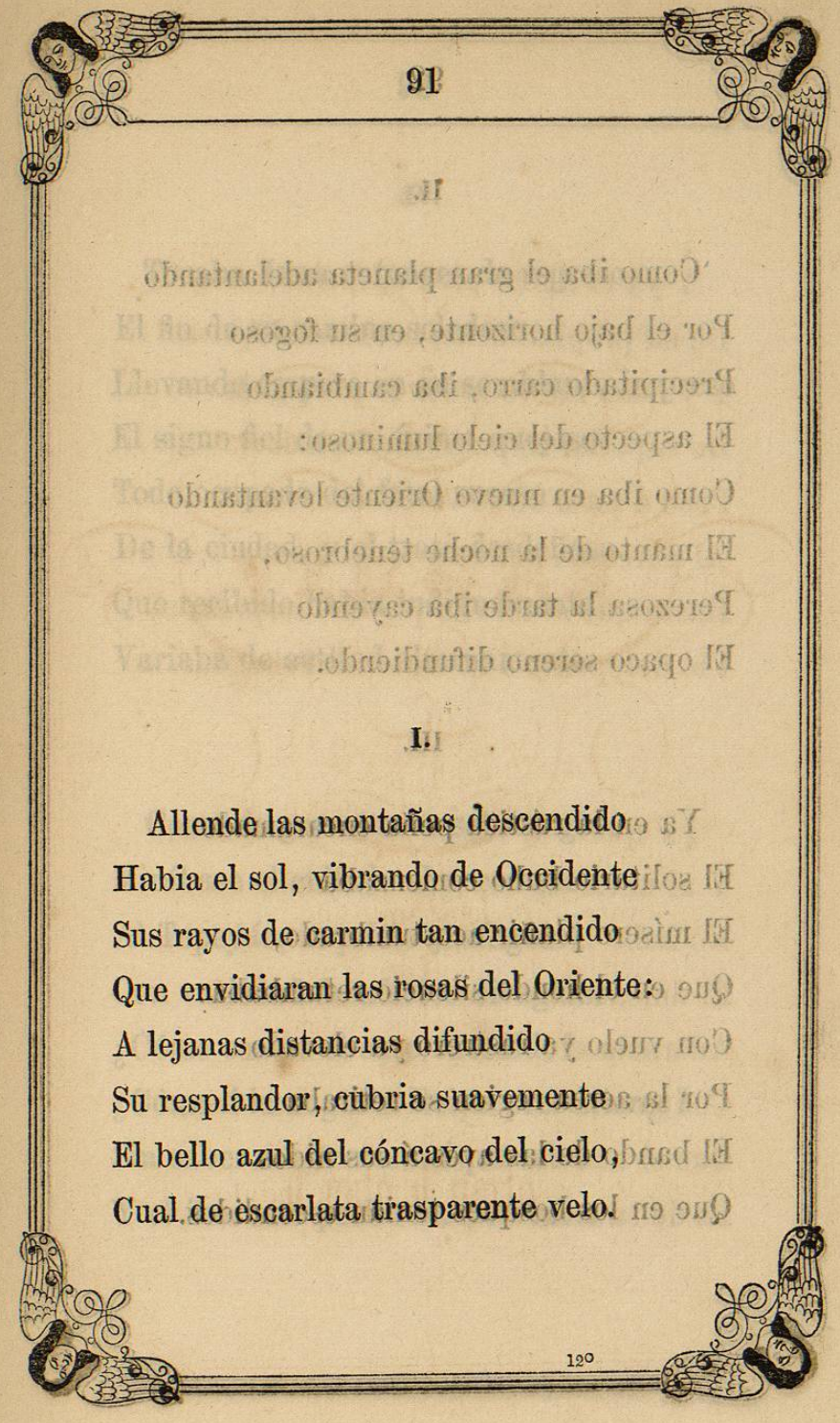
Canta Cuarta.



VIRGEN

MEXICANA

Como D. Juan



II

Como iba el gran planeta adelantando
 Por el bajo horizonte, en su logor en la
 Precipitado como iba cambiando
 El aspecto del cielo luminoso: los ojos la
 Como iba en nuevo Oriente levantando
 El manto de la noche tenebrosa, que al
 Perceosa la tarde iba cayendo
 El opaco sereno difundiendo.

II

Allende las montañas descendido
 Habia el sol, vibrando de Occidente
 Sus rayos de carmin tan encendido
 Que envidiaran las rosas del Oriente:
 A lejanas distancias difundido
 Su resplandor, cubria suavemente
 El bello azul del cóncavo del cielo,
 Cual de escarlata trasparente velo

II.

Como iba el gran planeta adelantando
 Por el bajo horizonte, en su fogoso
 Precipitado carro, iba cambiando
 El aspecto del cielo luminoso:
 Como iba en nuevo Oriente levantando
 El manto de la noche tenebroso,
 Perezosa la tarde iba cayendo
 El opaco sereno difundiendo.

III.

Ya en la rústica peña encaramado
 El solitario buho comenzaba
 El mísero plañir acostumbrado,
 Que en el hondo silencio retumbaba:
 Con vuelo ya rastrero ya elevado
 Por la aerea region se retiraba
 El bando de las aves á sus nidos
 Que en los bosques tenían escondidos.

IV.

Tocaba Juan entonces de regreso
 El fin de su camino soledoso,
 Llevando empero en su semblante impreso
 El signo fiel de un ánimo quejoso:
 Todo ocupado del fatal suceso
 De la ciudad, y el trato desdeñoso
 Que recibido habia indignamente,
 Variaba de actitud alternamente.

V.

Como de gran temor sobrecogido
 Mirábase el cuitado al acercarse
 Al Tepeyác, inquieto y afligido
 Con variedad de afectos divagarse.
 ¿Cómo contar el caso sucedido?
 ¿Cómo á la augusta Reina presentarse?
 Sin saber resolverse así pensaba
 Y el inocente pecho atormentaba.

VI.

Y ya el ligero paso suspendía
 De su propia ilusión acobardado,
 Y ya con nuevo ardor lo proseguía
 De superior impulso arrebatado:
 Paso á paso otras veces discurría
 Al parecer rendido y fatigado,
 Hasta que al fin con plácida sorpresa
 Vió derepente á la inmortal Princesa.

VII.

¿Y quién al ver su rostro peregrino,
 Y al mirar de sus ojos celestiales
 No halló al momento en su fatal destino
 El dulce alivio de sus crudos males?
 Adornóla el Señor y la previno
 Con gracia tal en pro de los mortales,
 Que si una vez la mira el affligido
 Es de su amor al punto socorrido.

VIII.

El gozo puro á que el mortal se entrega
 Al reir del alba tras la noche umbría,
 No es comparable ni con mucho llega
 Al que en su enviado difundió María.
 Cual fresca lluvia que las plantas riega
 Mústias y lácias del ardor del día
 Y les da nuevo ser, nuevo incremento,
 Así la Diosa al neófito el aliento.

IX.

Que listo entonces cual si entonces fuera
 De algun enorme peso descargado,
 Tornó á seguir la rápida carrera,
 Con su presencia célica alentado:
 Llegóse en fin, y cual la vez primera
 Ante sus régias plantas humillado,
 No sin mostrar la pena que sentía
 En calma paz tranquilo le decía:

XI.

Hice ya, Niña escelsa y Reina amada,
 Cuanto tuviste á bien encomendarme;
 Llevé al señor ilustre tu embajada,
 Y al fin benigno se dignó escucharme:
 No fué emperó mi súplica otorgada,
 Y seria tal vez porque al mirarme
 De condicion tan vil, tan pobre y rudo,
 De algun engaño sospechase pudo.

XI.

Que en asunto tan grave y delicado
 Un hombre como yo; qué representa?
 Por lo comun se mira despreciado,
 Si otra cosa, Señora, no se intenta.
 Yo me partí gustoso á tu mandado,
 Y vuelvo á tí, que á fuerza descontenta
 Has de quedar mirando tu deseo
 Despreciado tambien cual yo me veo.

XII.

A lo que en él noté, yo he colegido
 Por las muchas preguntas que me hacia,
 Que crédito ninguno he merecido,
 Que me tuvo por hombre de falsía:
 Creyó que tu mensage era fingido,
 Que la órden tuya no era sino mia,
 Pues me mandó tornase á visitarlo
 Para entonces de raiz escudriñar.

XIII.

¿Y qué has de hacer, Señora? Por mi parte
 Yo te ruego despaches al momento
 Persona mas ilustre y de mas arte,
 Porque no es para mí tan arduo intento:
 Y perdóname ¡Oh Reina! si enojarte
 Puede tal vez mi torpe atrevimiento,
 O si acaso he faltado en mi rudeza
 A lo mucho que debo á tu grandeza.

XIV.

Diciendo así, quedóse atentamente
 A la Reina del cielo contemplando
 En ademan humilde y reverente,
 Un nuevo órden de cosas esperando;
 Mas no fué así, que bondadosamente
 La Reina sus razones disculpando
 Sus temores calmó, llamólo de hijo,
 Y con voz apacible así le dijo:

XV.

El cielo, donde habita el Poderoso
 Eterno Criador, es mi morada,
 Y está cabe su trono magestuoso
 La silla de mi asiento colocada:
 Yo soy allí del escuadron glorioso
 De espíritus sin número acatada,
 Y obedecen mi voz, y van volando
 Por donde quier al punto que los mando.

XVI.

Y dichosa me aclaman las naciones,
 Y los grandes y nobles potentados
 Vienen á mí con ricas oblacones
 De profundo respeto penetrados;
 Y dichosos en tales ocasiones
 Se dijieran á ser de mí ocupados,
 Porque en todo lugar y en toda gente
 Hízome grande el que es Omnipotente.

XVII.

De tales personajes me valdria
 Para al cabo llevar mi mandamiento,
 Que un instante á los unos bastaria
 Y á los otros no habria impedimento:
 Mas esta empresa á tí se te confia,
 Y no será menor tu lucimiento,
 Que has de saber que escede á la riqueza
 La virtud, que ennoblece á la pobreza.

XVIII.

Vuelve pues al Obispo, ten sabido
 Que serán mis promesas efectivas;
 Que cercano está el tiempo prefinido
 En el que el premio y galardón recibas:
 Verás el negro error, que desparcido
 Ante la luz, en sombras fugitivas
 Se hunde veloz en su mazmorra oscura
 Y triunfa la verdad de la impostura.

XIX.

Y ¿qué mortal, por tímido que sea,
 No recobra el valor, no se enardece
 De ver que el cielo al fin de la pelea
 La hermosa palma al vencedor ofrece?
 ¿No ves, no ves que el rayo centelléa,
 Y que luego en tronando desaparece?
 ¿O que en pasando la tormenta fiera
 Luce más bella la radiante esfera?

XX.

Sí, hijo mío, desecha esos temores,
 Que si pueden servir de inconveniente
 Es en tanto no más que los fulgores
 De la verdad la muestran claramente:
 No, tus trabajos no serán mayores
 De los que ya has probado: á mí patente
 Me toca hacer la realidad del hecho,
 Y el ser constante á tu esforzado pecho.

XXI.

Vuélvete pues, y dí que me he escogido
 Para habitar en él este collado;
 Que en él será mi templo construido
 Para bien de este pueblo desolado.
 Díle que soy la Madre del Ungido
 Del alto Dios: que él mismo ha declarado
 De ángeles y hombres Reina y Soberana,
 Defensa y muro á la progenie indiana.